

la batalla DE Montjuic 1641

por Alberto Raúl Esteban Ribas

LA BATALLA DE MONTJUIC REPRESENTA EL INICIO DE FACTO DE LA GUERRA DELS SEGADORS: LOS DISTURBIOS Y COMBATES DEL VERANO Y OTOÑO DE 1640 FUERON UNA ESCALADA BÉLICA QUE CULMINÓ EN LA BATALLA ACAECIDA EL 26 DE ENERO DE 1641. LA CORTE DE MADRID CONFIABA QUE LA VICTORIA DOBLEGARÍA LA VOLUNTAD DE RESISTENCIA DE LA GENERALIDAD Y FORZARÍA SU SOMETIMIENTO A LA AUTORIDAD REAL; EN EL BANDO CATALÁN, LA VICTORIA SIGNIFICABA ASEGURAR EL ÉXITO DE LA REBELIÓN Y EL MANTENIMIENTO DE SUS LIBERTADES FRENTE A LAS IMPOSICIONES DEL CONDE-DUQUE. UNOS Y OTROS ESPERABAN DE LA RÁPIDA SOLUCIÓN DEL CONFLICTO; SE EQUIVOCARON: LA GUERRA DURARÍA 19 LARGOS AÑOS.

INTRODUCCIÓN

La Guerra dels Segadors ha suscitado desde siempre la atención de los historiadores, nacionales y foráneos, bien como elemento propio de la política interna española –visto como conflicto entre foralismo *versus* centralismo–, como episodio periférico de la Guerra de los Treinta Años o como factor clave en el tablero de batalla entre las dos grandes potencias de la época, España y Francia, para dirimir su particular contienda por la hegemonía europea.

Sin embargo, el tratamiento que este tema ha recibido ha variado de óptica en los últimos años: el análisis histórico tradicional –basado en el estudio de las fuentes tradicionales coetáneas y especialmente el desarrollo de las operaciones militares–, ha sido reemplazado por nuevas aproximaciones del fenómeno, en un intento enriquecedor de comprensión



© José Daniel Cabrera Peña

desde diversos prismas y objetivos: el social, el económico, el político, etc. Así, la guerra deja de ser un elemento en sí y se transforma en un mero catalizador de sucesos originados por diversas causas y con diferentes materias objeto de estudio. El punto de vista militar queda casi definitivamente desterrado de la historiografía.

Lamentablemente, el alcance del análisis de los hechos militares dista de ser satisfactorio; la lectura de las tradicionales fuentes del período, las crónicas de Melo (*Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*), Gaspar Sala (*Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña*), Francesc Martí (*Noticiero Universal de Cataluña*), Miquel Parets (*De molts successos que han succeït dins Barcelona y en molts altres llocs de Catalunya, dignes de memòria*) y Narcís Feliu de la

Penya (*Annales de Catalogne*), frecuentemente se ha realizado sin cuestionarse la existencia de otras fuentes que permitan aportar más explicaciones sistematizadas de los hechos; sirva como ejemplo la batalla de Montjuic, cuyo análisis y desenlace son descritos como un *continuum* táctico en el que las tropas realistas, muy superiores en número y armamento, son derrotadas frente al fortín de Montjuic por el ejército de la Generalitat reforzado con unidades francesas; la victoria catalana se logra gracias a la ineficacia de los tercios castellanos y del valor y pericia de las milicias barcelonesas y tropas francesas.

Esta breve exposición, sin embargo, no oculta que ante un detenido análisis de los hechos aparecen muchos interrogantes acerca del desarrollo de la batalla: ¿fue la inexperiencia o falta de responsabilidad de tropas y mandos del ejército real las verdaderas causas de la derrota de las tropas castellanas? ¿Estaba planificada eficazmente la defensa de Barcelona? ¿Cuál fue el auténtico papel de las tropas francesas? ¿Fueron los mandos realistas unos incompetentes? ¿Fueron los generales catalanes y franceses grandes estrategas?

Del análisis conjunto de todas las fuentes y documentos nos permite establecer una visión general de la batalla a partir de las observaciones parciales que proporcionan los narradores de los hechos, algunos de ellos testigos presenciales de la bata-

lla; estas visiones limitadas, ordenadas y convenientemente analizadas, permiten establecer un hilo narrativo un tanto diferente a lo que se manifiesta tras la lectura de las fuentes principales tradicionales.

ANTECEDENTES

La revuelta iniciada en junio de 1640 en Barcelona por un grupo de segadores fue la chispa que encendió la rebelión contra la Corona: lo que en principio era una revuelta social –contra los hospedajes obligatorios de las tropas, los impuestos, el sistema clasista imperante– se transformó en una revuelta con alcance político, en defensa de las leyes propias de Cataluña frente al uniformismo impuesto por el Conde-Duque de Olivares, su Unión de Armas y el cansancio de la guerra contra Francia.

Los acontecimientos se precipitaron a lo largo de aquellos meses de verano y otoño: tenuous intentos de conciliación por ambas partes fueron engullidos por el torrente belicista que imperaba en muchos ánimos en los dos bandos: la Generalitat y el Consell de Cent de Barcelona pidieron ayuda al cardenal Richelieu, y el 24 de septiembre de 1640 se firmó el tratado de Ceret, entre la Generalitat y el barón de Espenan, representante de Luis XIII de Francia, por el cual los franceses se comprometían a enviar un ejército de 6.000 infantes y 2.000 jinetes, a cargo de las



▼ **EL FRENTE DE ROSELLÓN.** El mapa reproduce el límite fronterizo entre Francia y España con los importantes enclaves estratégicos de Salses (protegiendo el acceso a Perpiñán) y Leucata (protegiendo el acceso a Narbona), que se vigilaban mutuamente, separados por el lago de Salces. En 1637 los españoles asediaron infructuosamente Leucata; los franceses contraatacaron y tomaron Salses el 19 de julio de 1639. Olivares movilizó un ejército de más de 20.000 hombres para recuperar la ciudadela, que finalmente se rindió tras un asedio de 4 meses en el que las tropas españolas sufrieron un alto porcentaje de bajas por enfermedad.

Reproducción bajo autorización. © Arxú Històric de la Ciutat de Barcelona



▼ **CATALUÑA, DÉCADA DE 1650.** Se puede comprobar como todas las ciudades cuentan con un sistema de fortificación abaluartado, adaptado a las circunstancias topográficas existentes y que basaba parte de su trazado en las murallas medievales; de todas ellas destacada la ciudadela de Rosas, enclave estratégico que defendía los accesos en el lado sur de los Pirineos y la costa gerundense, por su traza moderna de forma pentagonal, quedando todo el perímetro cubierto por un fuego cruzado.

instituciones y población catalanas; la Generalitat también empezó a reclutar sus propias fuerzas con las que defender su soberanía. Desde la Corte se conocían los preparativos bélicos del territorio rebelde y desde Madrid se organizó apresuradamente un ejército con el que sofocar la rebelión.

Durante los meses de septiembre y octubre los dos bandos ultimaron sus preparativos bélicos: los catalanes, con la ayuda de las primeras unidades francesas, fortificaron las ciudades de Lérida, Tarragona y los principales pasos de la frontera. Por su parte, el ejército real se concentró en Zaragoza y en la zona de Alcañiz, a la espera de recibir la orden de marcha; para dirigir aquellas operaciones fue elegido Pedro Fajardo de Ñiño y Requesens, V marqués de Los Vélez, con el rango de virrey de Cataluña y capitán general del ejército real; el marqués había formado parte de la exitosa contraofensiva contra los franceses en el País Vasco y parecía el hombre perfecto para encauzar con éxito el sometimiento de la revoltosa Cataluña.

En la Corte, el consejo de guerra debatió la estrategia a seguir, y en un primer análisis se creyó oportuno realizar un avance en tres frentes convergentes hacia Barcelona: desde Lérida, Tortosa y Rosellón; sin embargo, el temor a un ataque francés en el Rosellón hizo descartar la movilización de las tropas allí estacionadas, considerando más prudente que las fuerzas realistas avanzasen en un único frente, desde el sur de Tarragona.

A mediados de octubre las clases dirigentes de la ciudad de Tortosa, temerosas del giro revolucionario que estaba tomando la revuelta en su ciudad, tomaron el control de la plaza y la entregaron a la guarnición del castillo de la Suda, que desde junio resistía tras sus murallas a un intermitente hostigamiento. Aquella inesperada baza permitió al marqués de Los Vélez disponer de una cabeza de puente tras el Ebro, poniendo un pie firme en tierra catalana. Las fuerzas realistas entraron en Tortosa el día 25 de octubre de 1640.

Noviembre consumió las últimas tentativas de paz, sin ningún tipo de resultado. El ejército real partió de Tortosa el 6 de diciembre; el primer combate tuvo lugar en el pueblecito del Pelleró; posteriormente el ejército real forzó el paso del Coll de Balaguer, donde 2.000 milicianos se habían fortificado. El 13 de diciembre el ejército real asediaba Cambrils, que tras una resistencia de un par de días, se rindió: cuando las tropas derrotadas salían de la muralla se produjo un altercado entre un soldado realista que intentaba robar una capa a un miliciano; los soldados de la escolta creyeron ver que intentaban escapar y abrieron fuego y en poco tiempo 700 milicianos yacían muertos en el suelo. Además, Los Vélez ordenó colgar a los 3 nobles que habían encabezado la defensa, y que se habían rendido honrosamente tras mantener una defensa caballeresca de la plaza. Tan luctuosos hechos rompieron definitivamente cualquier atisbo de caballe-

Reproducción bajo autorización. © Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona



▼ **TRAMO FINAL DEL EBRO**, antes de su desembocadura, en donde aparece la estratégica posición de la ciudad y puente de Tortosa, protegido por un baluarte, así como el castillo de la Suda, de origen musulmán. La agreste orografía del terreno circundante de Tortosa está fielmente reflejada; sin embargo, la topografía del territorio al norte de la ciudad y en la ribera izquierda del Ebro presenta una llanura que no se corresponde exactamente con la realidad.



© Carlos de la Rocha Prieto

rosidad en el conflicto: en venganza por la matanza de Cambrils, las tropas catalanas a las órdenes de Josep de Margarit i Biure atacaron el pueblo de Constantí, donde los castellanos habían establecido su hospital de campaña, y ejecutaron a los 400 heridos que allí había; en represalia, el ejército real saqueó los pueblos de Salou, Arboç y todos aquellos que ofrecían mínima oposición a sus designios, ejecutando sin contemplaciones a cualquier sospechoso de rebelde.

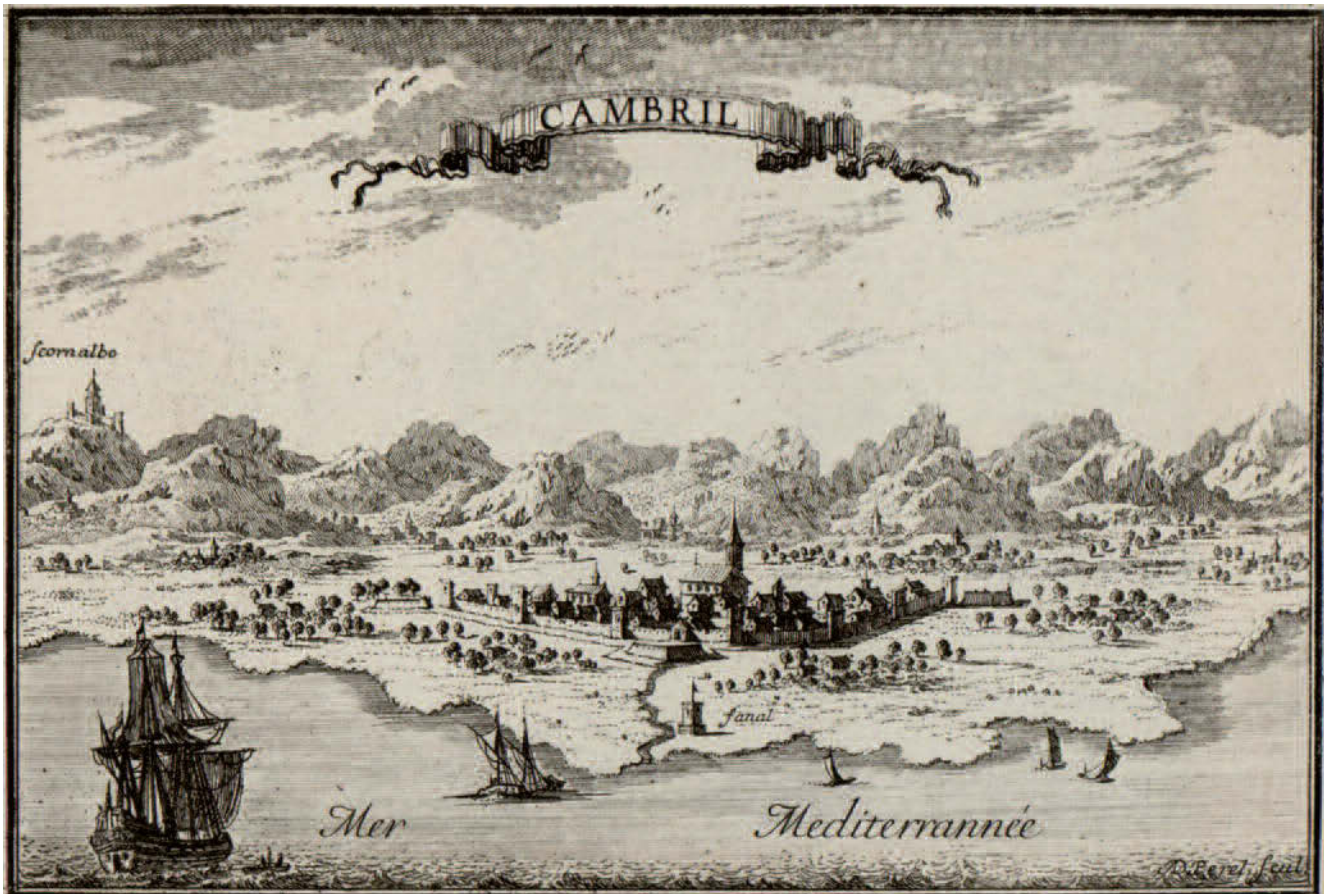
El 24 de diciembre ejército real logró la rendición sin lucha de la plaza de Tarragona, prosiguiendo un avance exitoso por la llanura del Penedés; sin embargo, el fulgurante avance no impedía que el ejército real se estuviera desangrando lentamente a causa de las habituales deserciones, enfermedades y las dificultades del aprovisionamiento en aquellos meses invernales.

A pesar de aquellos obstáculos, el 23 de enero el ejército real derrotaba de nuevo a los catalanes en Martorell, quedando así despejado el camino hasta Barcelona.

LAS FUERZAS ENFRENTADAS

Ejército castellano

El ejército enviado por Felipe IV para sofocar la rebelión catalana había salido de Tortosa con 23.000 hombres, 3.100 ji-



▼ **CAMBRILS**, según dibujo del ingeniero militar francés Sébastien de Pontault de Beaulieu, que recorrió el Principado con los ejércitos franceses durante la Guerra dels Segadors y tomó apuntes de las principales ciudades para su posterior trabajo ilustrativo; algunas de sus ilustraciones presentan detalles que no se corresponden exactamente con la realidad, pero sí que existieron: en el caso de Cambrils, la villa presenta demasiadas fortificaciones y la representación de la iglesia y campanario de Sant Pere no se corresponde a la realidad, si no que se representa una iglesia erigida bajo un patrón de construcción centroeuropeo.

netes y 24 piezas con 250 artilleros, distribuidos en los siguientes cuerpos:

- Vanguardia, al mando de Gerolamo Maria Caracciolo, marqués de Torrecuso –citado así en las fuentes modernas; los autores coetáneos lo nombran Torrecussa–:
- Un escuadrón de caballería, a las órdenes de Carlo Maria Caracciolo –hijo del anterior–, duque de San Jorge, con 500 jinetes.
- Tercio de Guardias Reales, también llamado del Conde-Duque de Olivares, a las órdenes del coronel Fernando de Ribera.
- Tercio de Los Vélez, a las órdenes del coronel Gonzalo Fajardo.
- Tercio del maestro de campo Martín de los Arcos, conde de Oropesa.
- Tercio de Castilla.
- Tercio de la provincia de Guipúzcoa.
- Tercio irlandés de Tyrone, a las órdenes de John Hugh O'Donnell, duque de Tyrone.
- Centro, al mando del propio marqués de Los Vélez:
 - Unidad de caballería de 100 jinetes, a las órdenes del capitán de lanzas españolas Alonso Gaytán, como escolta del marqués de Los Vélez.
 - Unidad de caballería de 600 jinetes de las Órdenes Militares de España, al mando de Álvaro de Quiñones.
 - Unidad de caballería de 600 jinetes, al mando del comisario general de caballería ligera Filippo Filangieri.
 - Tercio al mando del teniente coronel Martín de Azlor, duque de Medinaceli.
 - Tercio al mando del teniente coronel Íñigo de Mendoza, duque de Infantado.
 - Tercio al mando del teniente coronel Diego Guardiola, Gran Prior de Castilla.
 - Tercio al mando del teniente coronel Luis Gerónimo de Contreras, marqués de Morata.
 - Tercio al mando del teniente coronel Pedro de Cañaverál, duque de Pastrana y de Sesa.
 - Tercio Viejo, a las órdenes de Pedro de La Saca.
 - Tercio a las órdenes de Alonso de Calatayud.
 - Tercio a las órdenes de Diego de Villalba y Toledo.
- Retaguardia, en la que se situaba el tren de artillería (24 piezas), a las órdenes del marqués de Chieri, el hospital y el bagaje, y una escolta compuesta de:
 - Tercio de los Presidios de Portugal, a las órdenes del maestro de campo Tomás Mesia de Acevedo.
 - Tercio Viejo, al mando de Fernando de Tejada.

- Tercio valón, con el maestro de campo De Isinguien.
- Tercio portugués, del maestro de campo Simón Mascarenhas.
- Un número indeterminado de compañías italianas.
- 500 caballos de las Órdenes Militares, al mando de Rodrigo de Herrera, Comisario General.

Sin embargo, a lo largo de la ruta de camino de Barcelona, el contingente inicial había visto menguada su potencialidad: a las bajas en los combates se le sumaron un porcentaje indeterminado de desertiones y las mermas debidas a las guarniciones dejadas en ciudades importantes como Tarragona y Villafranca del Penedés. Es difícil calcular el número exacto de efectivos del ejército real en Barcelona, pero su cifra no sería inferior a los 15.000 infantes y 2.000 jinetes.

Ejército franco-catalán

La guarnición de Montjuic estaba compuesta por:

- 9 compañías de La Coronela, –la milicia urbana de Barcelona–, compuesto por las siguientes compañías:
- Mercaderes de Telas (*Mercaders de Teles o Julians*), Metalúrgicos (*Estevaners*), Peleteros (*Pellers*), Sastres (*Sastres*), Sederos (*Passamaners*), Taberneros (*Taverners*), Tejedores de lino (*Teixidors de lli*), Zapateros (*Sabaters o Cordoners*) y Veleros (*Velers*).
- 2 compañías del Tercio de Santa Eulalia.
- 1 compañía de miqueletes (llamados en la época “almogávares”) del capitán Francesc de Cabanyes, compuesta de 200 hombres.
- 1 compañía de 300 soldados veteranos franceses del regimiento de infantería de *monsieur* Serignan, a las órdenes de George Stuart, señor d’Aubigny.
- 8 cañones pedreros de bronce, que podían disparar tanto proyectiles, piedras, metralla y balas de mosquetería.

En Barcelona se situaba el resto del ejército franco-catalán, compuesto de las siguientes unidades:

- 4 Tercios de la Coronela de Barcelona, a las órdenes de Miquel Torrelles; los capitanes de cada tercio eran Domènec Moradell, Galceran Dusay, Josep Navell y Joan Tello.
- Regimiento de infantería de *monsieur* Serignan, encargado de guarnecer el portal de Sant Antoni.
- Regimiento de infantería de *monsieur* de Espenan.
- 4 escuadrones de caballería catalana, a las órdenes de Josep d’Ardena, Josep Galceran de Pinós i de Perapertusa, Enrique Juan y Manuel d’Aux Borrellas.
- 5 escuadrones de caballería francesa, compuesta de las unidades de: *monsieur* de Fontrailles, *monsieur* de Bridoirs, *monsieur* de Guidane, *monsieur* de Sagé y *monsieur* de La Talle.
- Un número indeterminado de piezas de artillería –las fuentes barajan la cifra de 100 cañones, de hierro y de bronce, cifra que puede parecer excesiva, pero podría referirse al número total de piezas incluyendo pedreros y grandes mosquetes–, comandada por Dídac Monfart i Sorts. Los

artilleros franceses sumados a la defensa construyeron una amplia plataforma elevada en el baluarte llamado del Rey, en la que emplazaron 4 grandes cañones de hierro con los cuales se alcanzaba buena parte de la ladera de Montjuic.

LAS DEFENSAS DE BARCELONA

La ciudad

Barcelona contaba con un doble recinto amurallado; la muralla exterior databa del siglo XIV, con un foso exterior seco y con una zona interior despejada de un par de decenas de metros –que procuraba una mayor protección frente ataques de artillería y también permitía disponer de zonas de cultivo dentro de la ciudad–; su recorrido en la Barcelona moderna, aproximadamente, se sitúa siguiendo las actuales calles de Ronda de San Antonio, Plaza Universidad, Ronda Universidad, Ronda de San Pedro, Arco de Triunfo, Paseo Lluís Companys y Estación de Francia; contaba con 14 portales, 5 de ellos en el actual barrio del Raval.

La muralla interior era una sucesión no homogénea de diversas épocas: una muralla, que databa de la época del rey Jaime I, recorría la actual Rambla y conectaba con la muralla romana del siglo IV –que aún se mantenía en pie y protegía el núcleo de la Barcelona medieval–; en el lado marítimo se había erigido una muralla en el siglo XVI, para protegerse de los ataques piratas, y que conectaba en su borde con la muralla exterior del siglo XIV, en la zona de la Estación de Francia.

A media ladera de la montaña de Montjuic se encontraba el convento fortificado de Santa Madrona, perteneciente a la Orden de los Capuchinos, equidistante de la cima de la montaña, la ciudad de Barcelona y la villa de Sants. En la actualidad se conserva una pequeña capilla, de época posterior a la batalla del siglo XVII, cerca del Palacete Albéniz.

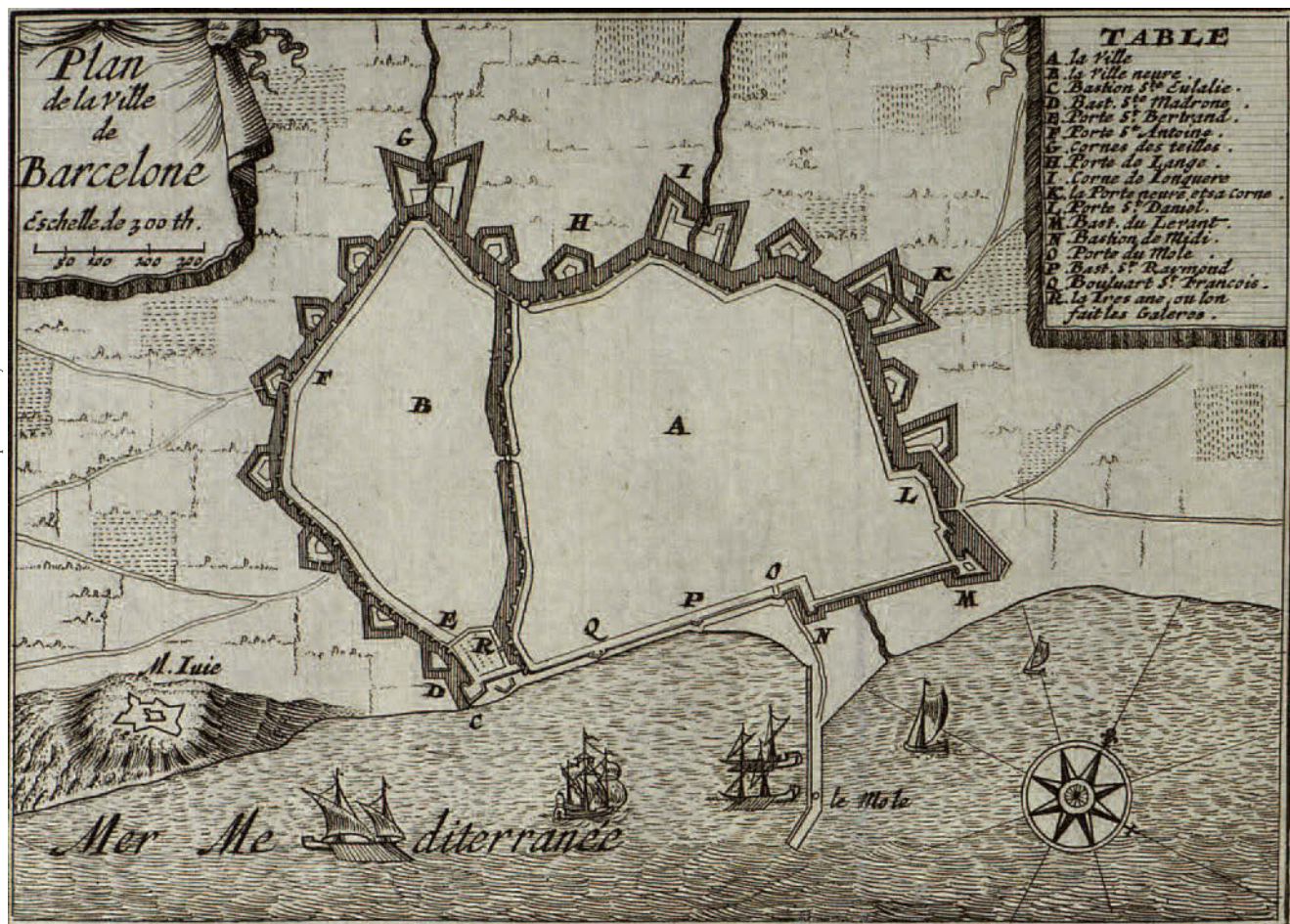
Montjuic

La montaña de Montjuic nunca había sido considerada una posición estratégica para la ciudad de Barcelona, salvo como atalaya para observar un posible avance enemigo por la costa; es por ello que no contaba con ningún sistema defensivo. La situación cambió con la aparición de la artillería y la perfección de los sistemas de expugnación en el siglo XVI. Sin embargo, Barcelona siempre había quedado lejos de los teatros de guerra, por lo que nunca se había hecho una apuesta decidida para la modernización de las defensas de la ciudad y mucho menos por la construcción de ninguna fortaleza en la montaña de Montjuic.

El estallido de la guerra contra Castilla en 1640 había motivado la reconsideración de las ventajas de fortificar la montaña; según las crónicas, se levantó en poco menos de 30 días una fortificación de forma de cuadrilátero, con la antigua torre de atalaya como torre del homenaje, con cuatro medio-baluartes en las esquinas, contruidos de tierra y con un revestimiento de piedra y barro, y un foso perimetral de poca profundidad.

Además, el complejo defensivo se completaba con diversas líneas de trincheras, un camino atrincherado que conectaba el for-

Reproducida bajo autorización. © Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona



▼ **PLANO DE LA CIUDAD DE BARCELONA**, de mediados del siglo XVII, algo posterior a los hechos relatados. Se puede comprobar como se ha erigido una fortificación más amplia en Montjuic, que engloba el fortín del año 1640; en la zona norte de la ciudad se han erigido 3 hornabeques y varios revellines. Se distingue claramente la muralla medieval de La Rambla, las Atarazanas (señaladas con la letra R) y la muralla de mar.

tín con la ciudad y con varias torres de vigía erigidas de antiguo. Las unidades que guarnecían el complejo se encontraban ubicadas a lo largo de las faldas de la montaña de la siguiente manera:

En el fortín:

- Compañía de Mercaderes de Telas, compañía de Sastres, parte del Tercio de Santa Eulalia, unidades francesas y artillería.

En las trincheras:

- En la zona del Llobregat: Compañía de Metalúrgicos.
- En la zona de Barcelona, Sants y l'Hospitalet: Compañías de Zapateros, Sederos, Veleros, Taberneros, Tejedores de lino y la compañía de almogávares del capitán Francesc Cabanyes.
- En la Torre de Damians: Compañía de Peleteros, a las órdenes del capitán Ambrosio Gallart, y parte de la compañía de Metalúrgicos, a las órdenes del capitán Luí de Valencià.

EL PLAN DE ATAQUE

Tras la victoria de Martorell, el marqués de Los Vélez optó por ir directamente contra la capital catalana: quería tomar posiciones contra la ciudad antes de que el derrotado ejército de campaña catalán, dispersado en la comarca del Vallés, pudiese reorganizarse y amenazar su retaguardia.

El día 23 de enero Los Vélez celebró un consejo de guerra con los principales jefes de su ejército: el general Juan de Garay, el marqués de Torrecuso, el duque de Pastrana, el duque de Medinaceli y el duque de Infantado, entre los principales; contaba también con la presencia de Josep de Pau Rocabertí, maestre de campo del tercio de Montjuich y gobernador del fortín, que se había pasado al bando realista con planos e indicaciones sobre la plaza: Rocabertí, -que había sido maestre de campo del 2º tercio provincial de la Generalitat durante el sitio de Salses (1639),- había estado en contacto con el ejército realista desde hacía días, y supuestamente había acordado entregar el fortín: enviaría un mensaje al marqués con el santo y seña, para que las tropas castellanas pudiesen acercarse impunemente a los centinelas y apoderarse de la fortaleza, pero el plan fue descubierto por el Consejo de Ciento y Rocabertí no tuvo más remedio que huir antes de ser detenido; sin embargo, de la crónica de Parets se infiere que las razones de la traición de Rocabertí quizás se debieron a motivos más peregrinos: el Consell de Cent había desembolsado una fuerte suma de dinero, más de 12.000 ducados, para la construcción de las defensas de Montjuic, y éstas se habían construido con cierta desidia -quizás por culpa del propio Rocabertí-, ocupando inicialmente un recinto demasiado grande, sin parapetos adecuados y sin profundidad, fortificando solo la parte de mar y dejando casi sin pro-

tección los caminos que ascendían desde Santa Madrona y la Mare de Déu del Port; tan solo unos días antes de la batalla de Martorell se había cambiado el patrón de construcción y se había iniciado las obras del fortín abaluartado.

Durante la reunión de los oficiales superiores del ejército realista todos eran conscientes de la complicada situación del ejército real y de que Barcelona contaba con unas recias murallas y con buena defensa de milicia y soldados franceses, amén de abundantes vituallas y de la libertad de acceso por el mar. Los Vélez expuso que las órdenes del rey y del Conde-Duque eran rendir la plaza, pero el marqués no pronunciaba abiertamente su opinión, tan solo vagas referencias a su deber como soldados y súbditos del rey, esperando descargar el peso de la responsabilidad en el conjunto de aquel consejo de guerra; más franco fue Torrecuso, que afirmaba la viabilidad de la empresa del asedio, mientras que Garay recomendaba no asediar la plaza y limitarse a saquear la campaña barcelonesa –Torrecuso y Garay habían mantenido una tensa y conflictiva relación en la jefatura desde que Garay se incorporó al ejército en Tarragona: los dos altos oficiales se consideraban como los segundos de Los Vélez, e incluso suficientemente capacitados para asumir el mando supremo si el Rey o el valido lo ordenasen; esta conflictiva rivalidad tendría su culminación en la batalla de Barcelona, cuando los dos se negaron a colaborar entre sí-. Finalmente se decidió atacar Montjuic, pero sin dejar de presionar sobre la defensa de la ciudad si la oportunidad se brindaba: Rocabertí detalló a los presentes las defensas de Barcelona y del fortín de Montjuic, comentando que la guarnición era de tan solo 300 soldados catalanes y que por la mañana y a la hora del almuerzo los oficiales bajaban a Barcelona a comer.

El día 24 de enero, mientras la caballería y el estado mayor realista reconocían el terreno para concretar el plan de ataque, el marqués de Los Vélez envió un mensajero a la ciudad con una carta del rey y una personal suya: las misivas contenían palabras de reconciliación y perdón, pero eran demasiado vagas como para formular una propuesta concreta que solucionase pacíficamente el conflicto. Los consejeros de la ciudad debatieron acerca de qué decidir ante la propuesta del soberano y resolvieron continuar la lucha.

El día 25 el mensajero regresó al campamento real, en Sants, con el mensaje que la ciudad no se rendiría. Ese mismo día la caballería realista hizo aparición en la llanura de Barcelona, saqueando las casas y campos de la comarca, que desde hacía dos días estaban abandonadas. En la ciudad cundió la alarma y todas las tropas tomaron posiciones, pero no se realizó ninguna salida, y se dejó el campo en manos de los realistas.

Vélez no tenía intención de tomar la ciudad al asalto o rendirla por un largo asedio, puesto que el número de efectivos de infantería y artillería que poseía eran insuficientes para tal fin: el marqués confiaba en conquistar el fortín de Montjuic y fortificarse en la montaña, recibiendo refuerzos y suministros por mar. Este emplazamiento era mucho mejor que situarse en la llanura de Barcelona, lejos del mar y con la posibilidad de ser atacado por todos

los frentes: la ciudad, las montañas de Collserola, por el río Llobregat y el río Besós. El castillo de Montjuic no era un objetivo táctico de entidad: sus cañones no alcanzaban la ciudad ni el campamento realista, pero constituía un obstáculo a considerar para cualquier ejército que intentase asediar la ciudad, puesto que era una amenaza constante para sus flancos. Ciertamente Los Vélez creía que con su conquista tendría la demostración de fuerza necesaria que le permitiría doblegar la resistencia catalana y su sometimiento a la autoridad real, puesto que la moral catalana estaba profundamente tocada tras las sucesivas derrotas; el marqués bien tenía urgencia en tomar aquella posición y fortificarse: las provisiones estaban agotadas, las líneas de suministro casi cortadas por las acciones de los miqueletes y existía el rumor de que el ejército catalán se reagrupaba en el Vallés, reforzado con nuevos contingentes de milicia y compañías francesas.

En un nuevo consejo de guerra, Los Vélez expuso su plan de batalla: se dividiría el ejército en dos cuerpos; el primero, a las órdenes de Torrecuso, con la misión de tomar Montjuic; el segundo, a las órdenes de Garay, se encargaría de prevenir cualquier intento de salida desde la ciudad, sin desaprovechar cualquier oportunidad táctica que les permitiese apoderarse de alguna puerta. El marqués se quedaría en segunda línea, en el pueblecito de l'Hospitalet de Llobregat, con la reserva. El plan de ataque contra Montjuic era sencillo y directo, puesto que el ejército real confiaba plenamente en la información facilitada por Rocabertí: el asalto se escalonaría en 2 oleadas; en vanguardia, dos columnas de 1.000 mosqueteros cada una, formadas por los mejores hombres de todo el ejército: el maestre de campo Fernando de Ribera mandaría el escuadrón que ascendería por la zona más próxima a la ciudad, mientras que el irlandés duque de Tyrone mandaría el escuadrón que atacaría por la zona del Llobregat. Tras esta primera oleada formarían 8.000 infantes, –el tercio portugués del maestre de campo Simón Mascarenhas, el tercio irlandés de Tyrone, el tercio del duque de Oropesa, el tercio de Los Vélez, el tercio del marqués de Morata y el tercio del Conde-Duque de Olivares,– apostados a lo largo de la base de la montaña, prestos al asalto cuando las brechas estuvieran abiertas. El duque de San Jorge tenía por misión cubrir el flanco de este cuerpo de ejército en previsión de cualquier auxilio desde la ciudad, situándose en la zona de los molinos de viento. El resto del ejército, a las órdenes de Garay, formaría frente a la ciudad, con la misión de aprovechar cualquier oportunidad de asaltar la muralla o los baluartes, y evitar la salida de refuerzos; la caballería de las Órdenes Militares y la ligera de Filipo Filangieri estarían resguardadas en una pequeña depresión que se encontraba en la zona de Sants, prestas a atacar a la caballería contraria.

Por su parte, los catalanes también realizaron sus movimientos estratégicos: la Generalitat proclamó a Luis XIII de Francia como Luis I, conde de Barcelona, y se firmó un acuerdo de auxilio militar. Inmediatamente se constituyó un triunvirato de consejo de guerra para dirigir la defensa: Joan Pere Fontanella –*conseller en cap* del Consejo de Ciento–, Francesc de Tamarit –diputado mi-



© Carlos de la Rocha Prieto

litar– y Bernard du Plessis-Besançon –general y emisario de Luis XIII–. Respecto del plan de defensa, el comandante de la plaza de Barcelona sería Miquel Torrelles y el comandante de Montjuïc el francés Aubigny. Desde ese momento los oficiales franceses asumieron con rapidez la dirección de la defensa de la ciudad: el general Serignan, comandante en jefe del ejército francés, dispuso a sus hombres a lo largo de toda la muralla, y en cada poterna, baluarte o posición estratégica había un destacamento de franceses; además, la media luna erigida frente al portal de San Antonio –el lugar previsible de un asalto realista–, estaba defendido por tropas francesas.

Aubigny se encargó diligentemente de la defensa del fortín de Montjuïc, tras comprobar que las defensas eran insuficientes: el foso era poco profundo, la muralla del fortín demasiado baja y no se había previsto la colocación de piezas de artillería. En dos frenéticos días, trabajando día y noche, Aubigny cambió radicalmente el perímetro defensivo: el parapeto se elevó lo suficiente como para ser necesario escalas de asalto para superarlo, los baluartes de las esquinas se mejoraron y se colocaron en ellas 8 pedreros, en plataformas adecuadas para que su tiro batiera un amplio rango y alcance. Además, 300 veteranos, escogidos de entre todas las fuerzas francesas, fueron destinados a Montjuïc, y cada unidad catalana contaba también con la presencia de oficiales y suboficiales franceses.

El conseller tercero de la ciudad, Pere Joan Rossell, con las fuerzas supervivientes de Martorell, fue llamado a regresar a Barcelona para sumarse a la defensa, y el guerrillero Margarit se

asentó en la zona de Montserrat con la misión de hostigar los convoyes de suministros y correos realistas.

LA BATALLA

En la madrugada del 26 de enero de 1641, los 2 escuadrones de mosqueteros iniciaron la ascensión de la montaña, mientras el resto de la infantería y caballería tomaba posiciones en el llano delimitado por el camino de Creu Coberta, los molinos de viento y Valldonzella. Curiosamente las fuentes catalanas, al contrario que las castellanas, informan que el avance realista se realizó en 3 formaciones: tal discrepancia quizás se debe a que desde la ciudad la observación del ataque castellano diese la impresión que el asalto estaba formado por 3 columnas simultáneas, en lugar de 2 columnas y el grueso del ejército en retaguardia.

Tras vencer las dificultades de la dura ascensión por aquel desconocido terreno abrupto y boscoso, el destacamento de asalto de Tyrone, que ascendía por la ladera de Castelldefels, fue el primero en contactar con la primera línea de defensa catalana, la unidad de los Metalúrgicos; los primeros soldados realistas cayeron cosidos por las balas catalanas, totalmente sorprendidos que allí hubiesen trincheras; no sería la única vez que ello sucedió: los oficiales y soldados realistas avanzaban conforme a las informaciones recibidas de Rocabertí y éste no conocía las nuevas disposiciones tomadas por Aubigny en los dos días precedentes; se sucedieron intensas salvas de mosquetería, en las que cayó herido el duque O'Donnell: sus hombres quedaron desconcertados por la pérdida de su estimado capitán y detuvieron su avance.

Por su parte, el escuadrón de Fernando de Ribera, que ascendía por la zona de Santa Madrona, tuvo menos dificultades en su camino, puesto que aprovecharon una senda cubierta de un barranco, el desagadero que recogía las aguas que bajaban de la cumbre, recorrido que les permitió pasar inadvertidos y llegar muy cerca del fortín. Cuando el barranco fenecía, casi en la cumbre de la colina, a pocos pasos de la trinchera exterior del fortín, los mosqueteros lanzaron una descarga y cargaron contra la defensa catalana; los defensores estaban totalmente desprevenidos, puesto que habían creído que por aquella zona ninguna fuerza ascendería: cundió el pánico y algunos soldados se retiraron al fortín, mientras que otros intentaron oponerse al asalto realista; sin embargo, la acometida castellana, vigorosa y ejecutada a poca distancia, doblegó la resistencia en la trinchera, y los defensores supervivientes tuvieron poco margen de escapar y guarecerse en el parapeto del fortín, mientras sus compañeros les cubrían por el fuego, deteniendo en seco el avance realista, cuyos soldados se parapetaron en la trinchera recién conquistada a la espera de la llegada del resto de unidades, pero fueron desalojados por el intenso fuego desde el fortín.

En la llanura de Barcelona, las fuerzas de Garay sentaban sus posiciones frente a la ciudad; Serignan ordenó a la caballería franco-catalana que se desplegara frente a Vallldonzella, con la intención de controlar los avances realistas; 500 jinetes apoyados por un destacamento de mosqueteros salieron de la ciudad para prevenir cualquier avance realista.

Mientras la primera oleada de asalto a Montjuic entraba en contacto con los catalanes, la segunda oleada realista iniciaba su ascensión. El tercio portugués de Simón Mascarenhas avanzaba

detrás del escuadrón de Tyrone; cuando los mosqueteros del irlandés detuvieron su avance, Mascarenhas les reagrupó y asumió el mando, iniciando un nuevo asalto. Los Metalúrgicos aguantaron el nuevo ataque, causando fuertes pérdidas a los realistas, que se parapetaron tras los troncos de los árboles y las bancadas de piedra.

En una nueva oleada de asalto, algo más retrasado, y al oeste de la montaña, ascendía el tercio castellano del duque de Oropesa, que tras su muerte estaba a las órdenes de Diego de Cárdenas. Éste, viendo el estancamiento de las primeras fuerzas de asalto, envió un grupo de mosqueteros a flanquear la posición catalana de los Metalúrgicos, que finalmente, a punto de ser copada, se retiró hacia el fortín. En el avance castellano contra la siguiente trinchera Mascarenhas fue herido de gravedad y Cárdenas fue muerto.

Por la zona de la Torre de Damians, guarnecida por las compañías de los capitanes Gallart y Valencià, los soldados realistas tuvieron más éxito; las defensas, una tosca trinchera, poco profunda y con débil parapeto, proporcionaban poca defensa a una tropa que estaba nerviosa tras oír los intensos combates que se producían por toda la montaña, y estaban expectantes sobre su suerte. Los soldados del tercio del Conde-Duque de Olivares atacaron la posición y forzaron aquellas defensas; los catalanes tuvieron que correr a refugiarse en la siguiente línea de trincheras, siendo reforzados por un destacamento de 40 soldados franceses enviados por Aubigny, a petición de Gallart. Sin embargo, cuando los realistas del Conde-Duque intentaron avanzar más por la zona de San Ferriol, se adentraron en una zona despejada que podía ser batida por los cañones de la muralla barcelonesa, quedando



anclados en el terreno. Fue esta detención un fuerte contratiempo en los planes realistas, puesto que este tercio tenía fama de aguerrido, y su estancamiento en la ascensión fue sentido a la hora de asaltar el fortín.

El avance realista, a pesar de las bajas, había logrado tomar las diversas trincheras y parapetos que se sucedían a lo largo de las laderas de Montjuic; todos los tercios habían convergido en la cima de la montaña y se preparaban para el asalto. Sin embargo, a pesar del éxito en la ascensión, habían tenido más bajas de las esperadas, puesto que los oficiales realistas se encontraron desconcertados ante la tenacidad de la defensa; las instrucciones que Rocabertí les había dado sobre el sistema defensivo de Montjuic eran muy precisas, por lo que se sorprendieron de la presencia de aquellas trincheras y de la resistencia del enemigo.

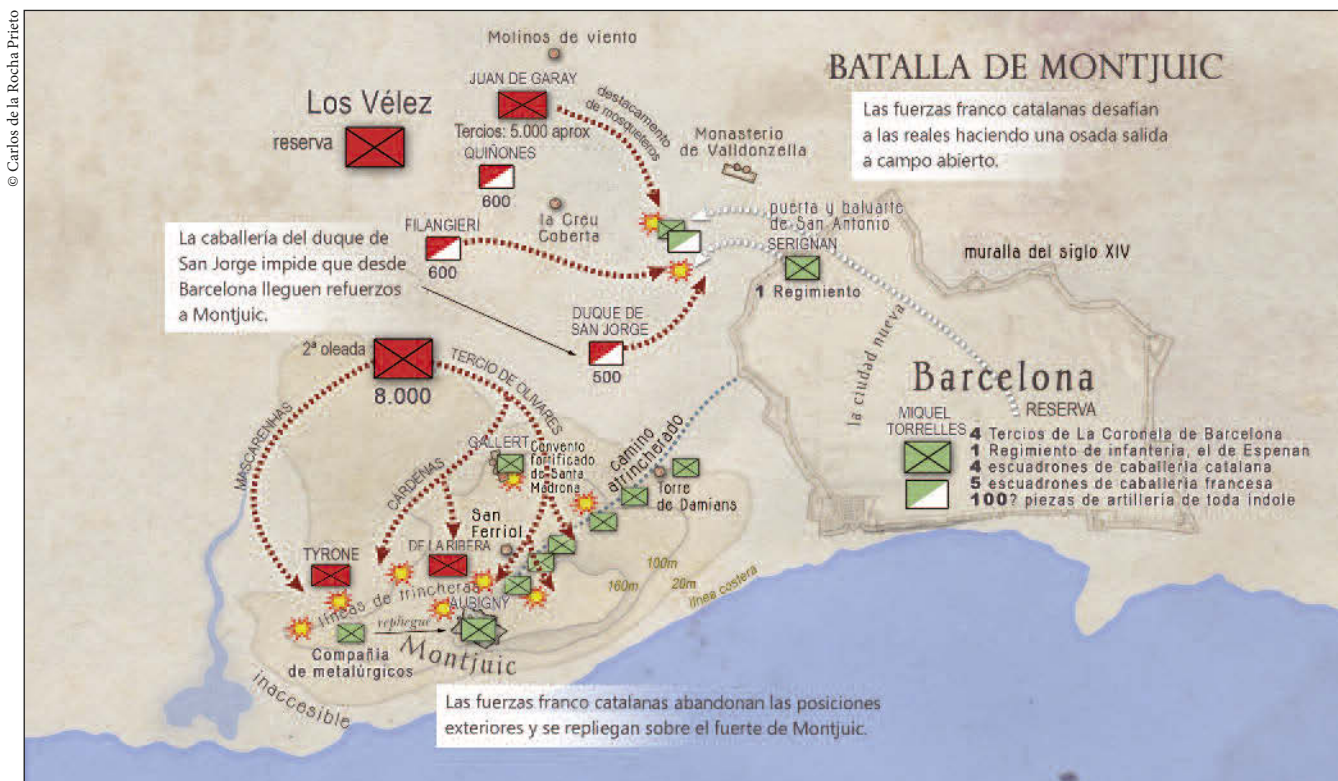
Aunque Melo, en su crónica, apenas menciona a Torrecuso en las etapas iniciales de la batalla, un escrito anónimo de la Biblioteca Nacional, Fondo Osuna, afirma la presencia del italiano ya en los primeros combates, impartiendo órdenes desde casi la primera línea. La razón de la falta de información de Melo al respecto bien pudiera deberse a que el general portugués –que desde diciembre de 1640 estaba preso en Madrid, bajo sospecha de colaborar con la rebelión portuguesa del duque Juan de Braganza–, tras ser liberado, cuando recopiló datos sobre la batalla contó como testigo directo de los hechos a Juan de Garay, entre otros oficiales, y quizás su testimonio no fuera del todo objetivo; Torrecuso estaba en la cima de la colina y ordenó a las tropas que se reorganizasen para acometer el asalto al fortín; sin duda alguna era una sorpresa para todos ellos contemplar como enfrente tenían que acometer una trinchera y detrás, un parapeto de más de 2 me-

tros. Con todo, la moral era alta, y la tropa dispuesta a lanzarse al asalto.

Cuando Torrecuso dio la orden, la infantería cargó en masa contra el fortín. Fue en ese momento que Aubigny ordenó abrir fuego a sus 8 cañones y a todos sus mosquetes y arcabuces, causando una gran mortandad entre los asaltantes; aún más fue la sorpresa entre los oficiales superiores, que desconocían la presencia de artillería en el fuerte; fueron enviados varios mensajeros a Los Vélez a pedir urgentemente cañones en la cima; el marqués ordenó que las piezas ligeras que se encontraban en Molins de Rei, protegiendo la retaguardia del ejército real, fueran traídas hasta Montjuic. También pidieron desde la cima que se trajesen escalas para salvar el parapeto, y picos y palas para fortificarse, pero todo se encontraba en retaguardia, y cuando llegaron a primera línea, mucho tiempo después, las unidades estaban tan desmoralizadas y agotadas que su presencia sirvió de poco.

Los castellanos, tras el asalto fracasado, intentaron resguardarse a lo largo de la colina, tras árboles, rocas y las trincheras capturadas al enemigo; desde el fortín, los cañones disparaban con todo lo que tenían a mano: bombas, metralla, piedras e incluso tierra. A pesar del intenso fuego, los realistas realizaron algunos intentos de asaltar de nuevo el parapeto del fortín, pero los defensores mantuvieron una férrea disciplina de fuego, batiendo la tierra de nadie que los castellanos debían cruzar sin protección alguna, causando muchas bajas.

Mientras intensos combates se producían en Montjuic, desde Barcelona se contemplaba con temor como el avance realista iba ganando terreno. El consejo de guerra y los oficiales encargados de la defensa deliberaron sobre la necesidad de enviar refuerzos



© Carlos de la Rocha Prieto

al fortín, pero los accesos a la montaña estaban amenazados por la presencia de la caballería del duque de San Jorge, que había adelantado su posición desde los molinos hasta el pie de la montaña; para intentar desalojarlos, Serignan envió a un destacamento de caballería de 25 hombres, a las órdenes del capitán Manuel d'Aux Borrellas, y una manga de mosqueteros. Los barceloneses tomaron posiciones parapetados en el margen de piedra de un sembrado que lindaba con una quebrada situada a escasos metros de los jinetes realistas; se inició un intercambio de fuego y los jinetes franco-catalanes realizaron algunas cargas contra la caballería realista, retirándose a continuación tras la protección de los mosquetes de los soldados atrincherados. El duque de San Jorge fue perdiendo los nervios a medida que sus jinetes caían ante las andanadas de los mosquetes de los emboscados y resolvió cargar con todas sus fuerzas contra ellos. Solicitó 200 mosqueteros al general Garay para que le apoyaran en la empresa, pero Garay se negó a ello –tanto por cumplir las órdenes de Los Vélez de mantenerse a la expectativa como por tener la oportunidad de incordiar al hijo de su enconado rival–.

Ante la negativa de Garay, el duque solicitó refuerzos a las unidades del contingente destinado a acometer Montjuic, y finalmente le enviaron parte de sus mosqueteros. Con este apoyo de infantería el duque se lanzó al asalto de la posición catalana, haciendo huir a infantes y jinetes, que retrocedieron en tropel hacia la medialuna del portal de San Antonio.

Las fuerzas del duque ocuparon la posición abandonada, pero fueron inmediatamente bombardeados por los cañones de la muralla, que protegían así la retirada de los suyos.

El general Serignan, viendo que la infantería realista estaba ocupada guareciéndose del fuego artillero, resolvió reunir a sus

tropas de caballería y cargar contra el duque de San Jorge. Éste, al contemplar que la caballería enemiga formaba para un asalto, reagrupó sus fuerzas y se decidió a cargar, con el convencimiento de que aquel era el momento decisivo de la batalla: si aniquilaba a la caballería franco-catalana, despejaría el llano de Barcelona y evitaría cualquier posibilidad de ayudar a los sitiados de Montjuic, y también despejaría el terreno para que el resto del ejército avanzase posiciones contra la muralla de Barcelona; el duque envió un emisario a Álvaro de Quiñones para que su unidad de 600 jinetes de las Órdenes Militares de España se sumase a la carga; hizo lo mismo con el escuadrón de caballería del italiano Filippo Filangieri, de 600 hombres. Pero mientras el segundo se sumó a las fuerzas del duque, Quiñones no movió sus fuerzas, creyendo que aquel movimiento expondría demasiado a las tropas al fuego enemigo desde la muralla barcelonesa. San Jorge inició la carga solo con su escuadrón, chocando rápidamente con la caballería franco-catalana; se sumó a la refriega Filangieri con sus hombres; en el fragor del combate, cuando San Jorge creía que los jinetes de Quiñones estaban a punto de cargar contra el enemigo, recibió la desagradable sorpresa que nuevas unidades enemigas cargaban contra su flanco: eran las compañías francesas de los capitanes de La Talle y Guidane. San Jorge, rodeado, creyó que la mejor opción era una huida hacia adelante: intentaría atravesar las líneas enemigas, alcanzar la muralla y apoderarse de una puerta, esperando así mover a Quiñones y al resto del ejército en su auxilio. Pero solo el duque y unos cuantos lograron atravesar a los jinetes enemigos, y cuando se aproximaban a la muralla, fueron diezmados por el fuego combinado de infantes y artilleros. El duque fue mortalmente herido, y a su alrededor se desarrolló una encarnizada batalla entre sus allega-



dos y los franceses por adueñarse de su cuerpo y el de Fernando de Chirinos, comisario general de la caballería, también caído. Los supervivientes de las unidades del duque y de Filangieri volvieron grupas y regresaron a su posición de partida, seguidos por los jinetes franceses, que tuvieron que detener su persecución cuando entraron en el alcance de los mosquetes de los escuadrones de Garay. Éste ordenó a sus infantes y a las baterías que hostigasen la muralla de la ciudad, pero el ataque se realizó de manera tibia, y los artilleros barceloneses dirigieron su fuego sobre la infantería de Garay, obligándola a retirarse.

Mientras esto sucedía en el llano, los combates intermitentes se mantenían en la montaña; los realistas habían lanzado infructuosos asaltos, pero los defensores habían agotado prácticamente sus reservas de munición y agua; desesperados, los oficiales de la guarnición ordenaron que se realizasen las llamadas de auxilio convenidas: humaredas de pólvora humedecida, que se ataban según el código establecido. En Barcelona, el consejo de guerra acordó, tras haber eliminado la amenaza de la caballería de Torrecuso y la infantería de Garay, enviar un destacamento de refuerzo de 2.000 mosqueteros: buena parte de ellos ascendieron por el camino atrincherado, mientras que otros fueron desembarcados al pie de la montaña por los pescadores del barrio de la Ribera; junto a ellos también fueron un buen número de mujeres, cargadas de víveres y munición, no en vano en la muralla también había muchas mujeres encargadas del correo y del municionamiento de las baterías y tiradores.

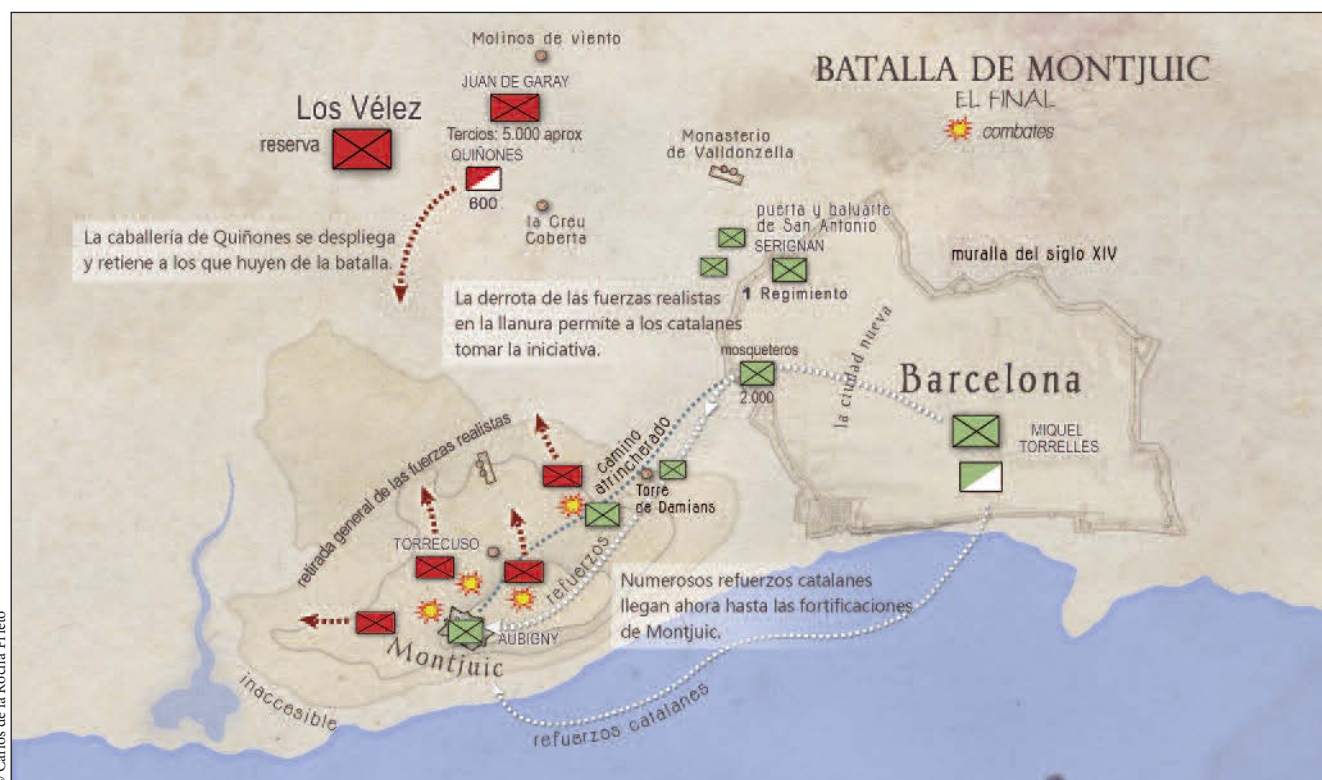
Torrecuso envió nuevos mensajes al marqués de Chieri, general en jefe de la artillería, para que le proveyese de escaleras, y que bombardease con más denuedo la muralla, para mantener la presión sobre la ciudad y evitar así que se enviasen los refuer-

zos a la montaña, pero a pesar del intercambio artillero, los refuerzos barceloneses seguían su camino hacia la cima.

Consciente de que el tiempo apremiaba, Torrecuso reorganizó a sus fuerzas para un nuevo asalto; ordenó a las tropas que estaban más expuestas a las baterías del fortín que se guarneciesen en un cercano olivar, con la intención de amunicionarse y lanzar un nuevo ataque, pero cuando se dirigían a aquella zona muchos de aquellos soldados cayeron bajo el fuego de la compañía de miqueletes del capitán Cabanyes, que diestramente había situado a sus hombres en el bosque; los intentos de los infantes realistas de desalojar a los miqueletes fracasaron, y aunque una unidad de caballería intentó cargar por su retaguardia, fue detenida por los cañones de la muralla. Los miqueletes aguantaron en la posición y los realistas tuvieron que retroceder más su línea.

Hacia las tres de la tarde, conscientes de la pronta llegada de los mosqueteros de refuerzo, Torrecuso y sus hombres cargaron a la desesperada sobre el fortín; también desesperados estaban los defensores, temiendo que en aquel asalto no pudiesen resistir, cuando el sargento Francisco Ferrer, mientras disparaba su arma, observó cómo los refuerzos de la ciudad ascendían por el camino, y dio la nueva a sus hombres que era necesario resistir; fue aquello un revulsivo para los sitiados, que recobraron fuerzas para cubrir a sus compañeros, disparando a diestro y siniestro sobre los soldados enemigos, que de nuevo cargaban sobre el parapeto; en estos lances murieron dos sobrinos del marqués, Diego y Antonio Fajardo. De nuevo los realistas tuvieron que retroceder, y los sitiados pudieron acoger a los refuerzos.

En aquellas horas de la tarde del 26 de enero se fueron sucediendo los intercambios de disparos entre ambos ejércitos y, de



manera esporádica, pequeños asaltos de tipo compañía, pero sin éxito. Fue entonces cuando Torrecuso se enteró de la muerte de su hijo: la noticia le sumió en una profunda depresión; envió un mensajero a Los Vélez indicando que no se encontraba con fuerzas para seguir con el mando.

Se llegó así a las cuatro de la tarde sin que los realistas pudieran poner pie en el fortín. En medio del fragor de una descarga de mosquetería, un soldado catalán llamado Juan Tapiolas gritó que el enemigo huía, y bajó de la muralla, seguido de un sargento francés llamado Verge; una cuarentena de soldados se sumó a aquella inesperada carga. Los diezmados infantes realistas, al contemplar cómo el fuego enemigo se suspendía y empezaban a emerger del fosado aquellos enemigos, creyeron que se trataba de un ataque general de toda la guarnición, y se retiraron en tropel, gritando a sus compañeros de retaguardia que el enemigo cargaba contra ellos. Cundió así rápidamente el pánico entre aquellos soldados que hasta aquel momento habían aguantado estoicamente el fuego enemigo; en vano los oficiales y suboficiales intentaron poner orden en las filas, pues eran sobrepasados por los soldados que huían ladera abajo, muchos de ellos sin sus mosquetes y picas.

Tras la manifiesta inactividad de Torrecuso, el marqués de Los Vélez solicitó a Juan de Garay que asumiera el mando; éste vio que era su momento para alzarse con el reconocimiento que creía merecer: ordenó a la caballería de las Órdenes que formase una barrera al pie de la montaña para detener la alocada huida de la infantería. Lentamente los soldados que corrían desde Montjuic fueron serenándose y formaron en la llanura a medida que localizaban sus banderas. El consejo de estado mayor aconsejó a Los Vélez que las tropas se retirasen al campamento de Sants y esperar al nuevo día. La lucha en Montjuic había cesado.

Según el Dietario de la Generalitat, la batalla conllevó en el bando realista la pérdida de 500 oficiales y suboficiales muertos y de 1.500 soldados, y el doble de heridos, además de 14 banderas –otras fuentes indican que 19– y el abandono de más de 2.000 armas; por su parte, los franco-catalanes tuvieron 32 muertos y una treintena de heridos.

Parece ser que el ejército real, quizás previendo un contraataque desde la ciudad, formó en batalla parte de la noche: desde Barcelona, por el contrario, pensaban que el enemigo estaba preparando un nuevo ataque, por lo que se reforzó Montjuic con 8.000 hombres –cifra a todas luces exagerada, otras fuentes indican que fueron 4.000–, y las murallas estaban totalmente guarnecidas. Hacia las 11 de la noche se produjo una escaramuza: un destacamento realista de infantería y caballería ascendió por la montaña, pero tanto desde el fortín como desde la ciudad se dio la voz de alarma y se iniciaron unas violentas descargas de mosquetería, por lo que el ataque realista no prosperó.

A las 2 de la madrugada del día 27 el conseller Pere Joan Rosell llegó a Barcelona con la bandera de Santa Eulalia y 4.000 hombres, reforzando el ánimo de los defensores; también se esperaba la entrada de las tropas guerrilleras de Margarit. En el

bando realista, con la llegada del nuevo día los ánimos estaban por los suelos. Se celebró un consejo de guerra en el que Torrecuso –profundamente dolido por la muerte de su hijo– insistió que con 2.000 mosqueteros y artillería podía tomar Montjuic en 4 horas; el resto de oficiales superiores no estuvieron de acuerdo y se opusieron a tal maniobra. En última instancia Los Vélez consideró prudente regresar a Tarragona.

En Barcelona los rumores de las idas y venidas del ejército realista estuvieron planeando durante los siguientes días, hasta el miércoles 30 de enero, que se confirmó la retirada total del enemigo hasta más allá de la llanura del Penedés. Por el camino, buena parte del ejército realista desertó.

La larga y sangrienta Guerra dels Segadors acababa de empezar.

FUENTES PRIMARIAS

- Cròniques de la guerra dels segadors*. Edicions Curial. Barcelona, 2003.
- Dietari de la Generalitat de Catalunya. Volum V. Anys 1623-1644. Disponible en <http://www20.gencat.cat/portal/site/DOGC/>
- MELÓ, Francisco Manuel: *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV*. Real Academia Española. Madrid, 1912.
- SALA, Gaspar: *Epítome de los principios y progresos de las guerras de Cataluña. Barcelona, 1641*. Disponible en la Biblioteca Digital Hispánica (Biblioteca Nacional).
- VVAA: *Memorial Histórico Español*. Tomos XX-XXII. Real Academia de la Historia. Madrid, 1888.

FUENTES SECUNDARIAS

- Elliot, John H.: *La Revuelta de los Catalanes (1598-1640)*. Siglo XXI. Madrid, 1986.
- Estanyol Bardera, V.: *El Pactisme en guerra: l'organització militar catalana als inicis de la guerra de separació, 1640-1642*. Rafael Dalmau. Barcelona, 1999.
- Florensa i Soler, N. y Güell Junker T, M.: *Pro Deo, Pro Regi et Pro Patria. La revolució catalana i la campanya militar de 1640 a les Terres de Tarragona*. Òmnium. Barcelona, 2005.
- Florensa i Soler, N.: *El Consell de Cent: Barcelona a la guerra dels segadors*. Universitat Rovira i Virgili. Tarragona, 1996.
- Hernández Cardona, Francesc Xavier: *Història militar de Catalunya. Vol III: La defensa de la terra*. Rafael Dalmau. Barcelona, 2003.
- Sanabre, J.: *La Acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa: 1640-1659*. Real Academia de Buenas Letras de Barcelona. Barcelona, 1956.
- Serra Puig, Eva: *La guerra dels segadors*. Editorial Bruguera. Barcelona, 1966.
- Torres i Sans, Xavier: *La Guerra dels Segadors*. Eumo Editorial. Barcelona, 2006.